



LA AVARICIA CASTIGADA.

Habia antiguamente en Castilla un baron , cuya sed de riquezas era insaciable. En vano sus esquilmados pueblos le llevaban hasta la última moneda; en vano los señores feudales sus vecinos rescataban á peso de oro el derecho de que no les hiciese la guerra, la cual emprendia sin otro motivo que el de saquear sus estados; en vano, en fin, llenaba sus arcas con el producto de la venta de algunas villas y lugares , que á poco rescataba á los compradores por la fuerza de las armas Su avaricia crecia más y más , y así desdeñando cuanto no tenía rela-

cion con este desenfrenado vicio, solo pensaba en aumentar sus ya muy crecidos tesoros.

Una noche que se paseaba disfrazado por las calles del pueblo donde tenia su palacio, descubrió el baron una luz como la de una linterna, y llevado de la curiosidad se acercó al sitio de donde salia; pero cual no fué su admiracion, mejor dirémos, su asombro, al ver un hombrecillo, cuyo rostro espantaba terriblemente!.... No era un enano, es decir, uno de esos seres deformes, cortos de piernas y con una cabeza monstruosa, tales como los que habreis visto alguna vez, sino un viejo en miniatura, muy verde aun, á pesar de su arrugado y decrepito rostro, y perfectamente formado en cuanto á su talla. Su traje consistía en una gorra con un penacho, una ropilla de color de albaricoque con manchas verdes, calzon de ante y botines de cuero amarillo, de suerte que estaba casi vestido del mismo modo que los pages que vemos en las comedias. Lo que el baron habia creido una linterna era el brillo fosfórico de un gran gusano de luz engastado en una sortija, que llevaba en la mano derecha, y que despedia un resplandor vivísimo en torno suyo.

—Quieres ser mas rico que todos los soberanos de Europa?» preguntó el hombrecillo al baron con voz cascada y sin embargo penetrante.

Supersticioso el baron como los tiempos en que vivia, tuvo intenciones de echar á correr para librarse de los peligros que preveía; pero adivinando el hombrecillo su propósito, le arrimó á los ojos la luz que despedia el cuerpo del insecto, y quedó tan deslumbrado el baron, que herido de una especie de vértigo, sintióse arrastrado, sin poder hacer la menor resistencia, hácia el camino opuesto al que habia querido tomar, hasta que se encontró delante de una puerta de ébano cubierta de magníficas esculturas.

El hombrecillo hizo una seña, y la puerta giró sobre sus goznes penetrando el baron en una galería iluminada por los rayos de gigantescos insectos, pues de este modo estaba iluminada toda la casa.

— Espérame, dijo el hombrecillo, y desapareció.

Luego que el baron se vió solo, corrió á la puerta á fin de escaparse; pero al acercarse para dar una vuelta á la llave, las figuras de hombres y animales que contenian las colgaduras tanto por dentro como por fuera, se animaron de repente; los rostros hicieron horribles gestos, abrieron las bocas, y enseñaron dientes amenazadores. Conociendo el baron que no podia escaparse, pues la puerta era muy fuerte y segura, buscó otro medio de evasion, y esto le hizo considerar con mas atencion el aspecto general del sitio y el mueblaje.

Pronto se cercioró de que no le quedaba esperanza de huir, porque á lo largo de la galería, la cual recibia la luz de la bóveda, habia vastos armarios llenos de conchas, minerales y de toda especie de productos del reino animal y vegetal, embalsamados, disecados ó conservados en espíritu de vino. En medio de la sala se veia una inmensa mesa de palo de sándalo de gran mérito, y el resto de la pieza estaba ocupado por una esfera terrestre y otra celeste de gran tamaño, una máquina eléctrica, un astrolabio, instrumentos de óptica, fisica y matemáticas, redomas, crisoles, un alambique, en una palabra, todo el aparato mas rico y completo de la ciencia.

— Voy á hacerte mas rico de lo que eres, » dijo el hombrecillo poniéndose delante del baron, el cual no supo por donde habia entrado. En aquel mismo momento á la luz brillante de los insectos luminosos que antes habian alumbrado la galería, sucedió una luz rojiza producida por el fuego ardiente de un brasero, sobre el cual hervia una caldera de azófar. Subido en un banco, y armado con una inmensa espátula, el nigromántico agitó el contenido que crugia gimiendo bajo la accion del fuego, y en el brillo de los hilos argentados que de vez en cuando dejaba correr por la espátula, elevándola sobre la superficie del líquido como para interrogar el grado de su fluidez, se conocia el trabajo de un metal en fusion.

Habiendo probablemente triunfado de su espanto, el

:

baron prestaba á aquella infernal cocina una atencion inquieta, y recibiendo de lleno en su pálido rostro el reflejo lívido de la materia incandescente sobre la cual se mantenía inclinado en silencio, parecia un espíritu del abismo asistiendo á los preparativos del suplicio de un condenado.

De repente grita el nigromántico :

— Al azufre el baron, al azufre ! »

Y en el mismo instante este se sintió inundado de un diluvio de agua fétida que caía á torrentes sobre su cabeza, y en el cual nadaba completamente. Al mismo tiempo el metal contenido en la caldera saltó bramando por cima de los bordes, y como la lava inflamada de un volcan, marcando un largo surco de fuego en forma de una serpiente, se arrojó contra el menguado baron. Este quiso gritar, pero no pudo: arrastrado por la influencia de las palabras del nigromántico, se precipitó en aquel cráter ardiente, y perdiendo el conocimiento, quedó aletargado, sin poder darse cuenta de lo que tentia ni de lo que el hombrecillo hizo con él.

Al dia siguiente de este horrible sueño, porque ya habreis comprendido, amables lectores, que esto no fué mas que un sueño, el baron devolvió los caudales que habia usurpado, y dando entrada en su corazon á otro sentimiento que el de la avaricia, se hizo generoso y caritativo, con cuyo carácter nos le presenta en los últimos años de su vida la crónica de sus hechos de armas y de sus rasgos de clemencia y piedad.

TENORIO.

ESCIPION EL AFRIGANO.

(Artículo 6.º y último.)

Al cabo de algunos dias, Escipion y su padre pidieron que los enviáran á su regimiento, y el general se

apresuró á formar una escolta para conducirlos al campamento; pero antes de dejarlos marchar les dió uniformes completos para que arrojasen los harapos que los cubrían.

Era preciso ver el orgullo con que Guitarrilla se ponía su traje, con qué desprecio rechazaba el jaique, la gorra y todo cuanto habia recibido de los árabes. Después lanzando á Escipion una de esas miradas que quieren decir tantas cosas, exclamó: «ahora sí que me conozco, ya somos franceses de nuevo, y Kader no sería hoy tan osado si le encontrásemos.» Después se ató al pecho la cruz que habia tenido el talento de sustraer á la rapacidad de los árabes, y dijo: «antes me la hubiera tragado que dejar que se apoderasen esos ladrones de una cruz que me dió el mismo Napoleon.»

A la mañana siguiente ya estaban en camino nuestros dos amigos, no cercados de beduinos que abusaban de su número y de su fuerza para insultarlos y maltratarlos, sino de camaradas que los obsequiaban, prodigándoles toda especie de atenciones.

Guitarrilla, á quien rejuvenecía el placer, admiraba á los soldados con los cuentos mas ó menos verídicos que les narraba sobre su estancia entre los árabes. Escipion hablaba con los oficiales, les daba parte de sus observaciones y de sus estudios acerca de las costumbres de las tribus salvajes que habia recorrido. Y de este modo corria el tiempo alegremente.

Se habia sabido en el regimiento la próxima llegada de Guitarrilla y Escipion, y se preparaban á obsequiarles, no solo porque los querian verdaderamente, sino porque en aquella soledad de los campamentos, soledad únicamente interrumpida por rudos trabajos y combates mortíferos, todo lo que es nuevo forma época. Juan Pitou, que ya era sargento, habia organizado en su compañía, que era la de Guitarrilla, una pequeña ovacion para sus antiguos jefes, y como los oficiales quisiesen tomar parte en ella, fué necesaria toda la autoridad del coronel para impedir que el regi-

miento entero saliese á recibir á los dos cautivos.

Nada podria explicar el contento de Guitarrilla cuando se vió entre sus camaradas; lloraba, reía, abrazaba á todo el mundo, y corría de una tienda á otra. Escipion redactó sus observaciones durante su permanencia entre los árabes, y aquel trabajo interesantísimo, escrito con esmero y talento, se envió á los jefes, los cuales lo acogieron como un informe precioso. Algún tiempo despues vacó una plaza de subteniente, y Escipion la obtuvo á gusto de todos.

Oh! entonces era preciso ver á Guitarrilla; como él mismo decia, el rey no era tan dichoso. Así es, que el día designado para la recepcion del nuevo subteniente, cuando el capitán en presencia de la tropa sobre las armas, pronunció la fórmula acostumbrada, cuando dijo: «sargentos, cabos y soldados, reconocereis á M. Escipion Leroux, que está presente, por vuestro subteniente, y le obedecereis en esta cualidad en todo lo que os mande concerniente al cumplimiento de las ordenanzas militares y en bien de S. M.....» Despues que los tambores tocaron orden y Escipion recibió el espaldarazo de su capitán, Guitarrilla, con las lágrimas en los ojos, exclamó: «ahora que Dios me ha dado bastante felicidad en esta vida, puede llamarme á sí. Luego, volviéndose hácia su peloton, añadió: «esto, muchachos, debe daros valor: ya veis que con él y con el talento se logra lo que se quiere; no os digo mas.»

Luego que Escipion hizo á sus jefes y á sus nuevos colegas la visita de obligacion, se apresuró á ir en busca de su padre, é iba á arrojarle en sus brazos, cuando Guitarrilla, tomando la posición militar, y llevando la mano al chacó, le dijo: «mi teniente, ¿tiene V. algunas órdenes que darme?

—Cómo, padre! exclamó Escipion, ¿no puede V. darme un abrazo?

—Oh! sí, dijo en voz baja el veterano; sí, te abrazaria de buena gana, pero nos están mirando, y antes que todo es el respeto á los jefes. No seré yo ciertamen-

te el que dé mal ejemplo. En el servicio, delante de la tropa, debo hablar respetuosamente á mi alférez; pero cuando estemos solos, oh! entonces vendrás á mis brazos, porque, ya ves, tú eres mi dicha, mi orgullo, mi alegría; oh! si tu pobre madre estuviese aquí, cuánto no se envanecería!...

—Pues bien, abrácame V. á lo menos por ella.

—Hijo mio, nos volverémos á ver; de cuando en cuando iré á verte, y entonces tornarás á hallar á tu anciano padre que te ama siempre; pero antes es la disciplina; y luego si tú supieses cuanto me enorgullece llamarte mi alférez; con qué gusto te obedecería dirigiéndote mis partes! Sobre todo, hijo mio, no hay que ser débil; si falto, no faltes tú tambien; arréstame, ponme en la sala de policía. castigame si lo merezco, porque, mira tú, en el servicio no hay padre ni hijo, hay un oficial bueno y jóven y un sargento veterano que debe obedecer sin reflexionar. Dame pues una órden; que yo te oiga mandarme, envíame á donde quieras, y te obedeceré con gusto; ya verás con qué cuidado oiré la consigna, diciéndome bajito: mi hijo, mi Escipion es quien me ha mandado estó; aunque fuera volver á casa de Kader para buscarle la boca, partiría á paso de carga.

Viendo Escipion que sería imposible obtener nada de su padre mientras no hubiese satisfecho su idea, le dió en alta voz órden de ir con algunos hombres á visitar las centinelas avanzadas, y de ir en seguida á darle cuenta en su tienda del resultado de su ronda.

Guitarrilla saludó militarmente, y se apresuró á cumplir aquella órden.

—Ea, listos! decia á los soldados, procuremos despacharnos. El subteniente no es hombre de broma, y cuando dice una cosa, no hay que hacerle observaciones. Luego partió con su tropa, mas feliz que si hubiese sido millonario ó mariscal de Francia.

Despues de ejecutar con mayor puntualidad tal vez que de ordinario las órdenes de su jefe, Guitarrilla vol-

vió y se presentó en la tienda de su jefe.

—No hay novedad, mi alférez, le dijo; pero las avanzadas han tenido esta noche una visita no muy buena.

—¿Qué es pues? preguntó Escipion.

—Oh! una nada, mi alférez. Como Kader no tiene soldados, y las tribus le dejan allí, parece que ha tomado otros aliados y famosos tunantes al mismo tiempo.

—Vamos, padre, dígame V. pronto que es de lo que se trata.

—Mi alférez.... y cada vez que pronunciaba estas palabras, Guitarrilla ahuecaba la voz y saludaba; mi alférez, ya conocia V. el pollo que tanto gustaba al coronel, el potrillo que siempre seguia á su madre caracoleando en derredor de ella....

—Sí, y bien.

—Pues bien, mi alférez, el coronel habia mandado poner á la madre y al hijo en esas cuatro paredes, bien cerradas y de mas de seis pies de altura, que estan algunos pasos de los puestos avanzados; debian hallarse como los peces en el agua; buena yerba, buen cercado, agua, en fin, todo lo que podian desear.

—¿Y qué mas?

—Pues bien, hijo.... perdon..., me he equivocado.... Pues bien, mi alférez, parece, segun me ha dicho el oficial de guardia, que la noche última un leon, estoy bien seguro de ello, enviado por Kader, ha saltado la pared y ahogado al pobre potro, y que cargado con su presa, que debia pesar cuatrocientas ó quinientas libras, el pícaro ha podido volver á saltar por cima de la pared, yendo á cenar un poco mas lejos en una barranca donde se han encontrado los restos del pobre animalito. Habia allí un cabo, es verdad que era un cabo del centro, que decia que no podia ser un leon, sino el diablo, y lo prueba el haber dejado estampadas sus uñas en la pared.

Leon ó diablo, yo digo que si Kader tiene á su servicio pícaros por el estilo, es preciso no fiarse, porque si saltan por cima de una pared llevándose un caballo, no les costaría mucho trabajo llevarse un grana-

dero, ó bien dos zapadores, y aun media docena de tambores con armas y bagajes, y tragárselos como confites. ¿No es verdad hi.... mi alférez?..

A la mañana siguiente se dispuso una batida general, y el leon, á quien aquella buena comida habia hecho no alejarse, fué muerto y llevado en triunfo al campamento. Aquel animal enorme tenia ocho pies de largo desde el hocico al nacimiento de la cola; sus dientes caninos salian mas de una pulgada, y sus uñas eran tan largas y cortantes, que Guitarrilla no pudo menos de decir al cabo del centro que miraba espantado aquel magnífico animal. «Oye, cabo, yo no sé si tú has visto alguna vez al diablo; pero no creo que el que tú conoces pueda tener garras como estas.»

Entonces se preparaba una gran expedicion, pues se trataba de rechazar hasta el desierto á Abd-el-Kader, que habia logrado sublevar de nuevo algunas tribus sometidas durante algun tiempo. Se habia mandado que el regimiento formase parte de una de las columnas expedicionarias, y se dispuso á marchar con gran entusiasmo.

—Muchachos, decia Guitarrilla á sus soldados, VV. no querrán que su sargento no vaya con la expedicion; ya que Kader me convidó á comer durante algunos meses, es muy natural que yo vaya á visitarle: no consiste todo en ser sargento, es preciso tambien ser político, y si alguna vez le echo mano, le trataré con todo el miramiento.... que él ha tenido por mí. Adelante, pues, y tened cuidado con los nudos corredizos, porque son muy poco saludables.

La expedicion se puso en marcha, y entonces sí que tenia vanidad Escipion. Allí, todos los dias y á todas horas, Escipion tenia que darle algunas órdenes. Aquel pais que recorría de nuevo, era para él perfectamente conocido, y así muchas veces le consultaban acerca de los medios de abreviar la marcha y la direccion que convenia tomar para hallar un buen vivac por la noche. Su experiencia era muy útil, y cuando llegaron al

punto donde jamás habian estado las tropas, el príncipe que mandaba la expedicion llamó á Escipion, y le conservó á su lado para que le diese los informes oportunos.

Cuando Guitarrilla supo aquel favor que tanto podia servir á su hijo, no pudo menos de alabarse un poco. «Ya ves, Juan Pitou, y vosotros tambien, oh soldados, ya veis que la familia de Guitarrilla es bastante favorecida de la suerte; el padre, aquí presente, ha tenido el honor de hablar á S. M. el emperador Napoleon, y ved ahora al hijo hablando con el príncipe, lo cual es muy lisonjero. Sin embargo, no por esto tendré mas orgullo, y con tal que cada uno haga bien su servicio, nada diré: únicamente recuerdo á VV. que el ejército tiene puestos los ojos en VV., y que el subteniente y el sargento que los mandan han hablado con príncipes y emperadores como si fueran simples cabos.

—Me parece, dijo el cabo del centro, que era algo hablador, que un cabo es un hombre como cualquiera otro.

—Se me antoja, cabo, que eres algo ambicioso, y es preciso que sepas que el cabo es un ser anfibio, que aun no ha sido clasificado por Lacepede, el mayor animalista de Francia; ni es sargento, ni es hombre. La prueba me la vas á dar tú. Veamos de qué se compone un puesto pequeño.

—De cuatro hombres y un cabo.

—Pues bien! si el cabo fuese hombre, se diría de cinco hombres. Esto es tan claro como la carga en doce voces.

Abd-el-Kader despues de grandes esfuerzos habia conseguido fortificar una plaza situada en la extremidad de la frontera. Era una ciudad abandonada hacia mucho tiempo; pero cuyas murallas, construidas de nuevo y armadas, podian ofrecer un refugio al sultan, y contener las tropas francesas, empeñadas en los desfiladeros que dominaba. Contra esa plaza se dirigian las tropas, y durante algunos dias el emir se limitó á picarles

la retaguardia unas veces, y otras á disparar algunos tiros á la vanguardia.

Sin embargo, á medida que se acercaban al fin de la expedición, la resistencia era mas viva, y orgulloso con pasar de uniforme y armado aquellos sitios que habia recorrido cubierto de harapos y prisionero, Guitarrilla guiaba á sus camaradas, indicándoles el camino y diciéndoles: «paciencia! allá abajo un manantial, y dentro de dos horas encontraremos el famoso rio de la ensalada, pudiendo ahora sazonarla á nuestro gusto.»

Al concluir el octavo dia de marcha, descubrieron la ciudad, objeto de la expedición, plaza situada en la vertiente de una de las grandes cadenas del Atlas, que costean el desierto, y que habia sido puesta al abrigo de un golpe de mano con no poca habilidad. Poseia una artillería bastante numerosa, y todas las fuerzas del sultan se hallaban reunidas bajo sus obras avanzadas.

La noche se invirtió en preparativos para la embestida del dia siguiente; unos ponían en buen estado las armas, otros lo limpiaban todo, riendo y cantando, porque la víspera de un dia de batalla siempre es bella para el soldado: solo arriesga aquello que ya ha sacrificado, la vida, y espera todo lo que desea, un ascenso ó una cruz.

Al rayar el dia, todo el mundo estaba sobre las armas, dispuestas las columnas de ataque, y Escipion á la cabeza de su peloton.

—Padre, dijo, nosotros que conocemos algo este país, es preciso que seamos los primeros que entremos en la plaza.

—Mi alférez, respondió Guitarrilla, aquí hay dos hombres que nunca perderán á V. de vista, el padre y el sargento; es verdad que no son mas que uno: pero es lo mismo que si fueran dos.

Y el padre y el hijo se abrazaron.

Dada la órden de avanzar, la columna de ataque compuesta del regimiento de nuestros amigos, partió á paso de carrera, cantando desaforadamente: adelante!

marchemos! La resistencia fué viva, desesperada, y los árabes se dejaban matar en los reductos. « Adelante, adelante! gritaba Guitarrilla, todo esto no es nada, el teniente sigue adelante, con que no le abandonemos. » Y el regimiento proseguía su marcha en medio de una lluvia de balas y de metralla.

Al fin flota la bandera francesa sobre los primeros glasis; todavía dura la lucha, pero el fuego del enemigo ni es tan vivo ni tan mortífero; las tropas penetran por todas partes, y bien pronto los árabes abandonan la ciudad, arrojándose en desórden hácia el desierto, su último refugio.

A las dos habia sido tomada la ciudad, y el príncipe preguntaba: «quién ha sido el primero que ha plantado la bandera en la muralla?» y respondió una voz unánime: «el subteniente Escipion.» Y en efecto, él era el que la habia plantado sobre la pequeña casauba que dominaba la ciudad.

La embriaguez llegaba á su colmo; acababa de terminarse con gloria una expedicion importante; la ciudad, último asilo del enemigo por aquel lado, habia sido tomada, y oficiales y soldados estaban contentos. Pero uno se habia distinguido, uno habia sido el primero que tomó posesion de aquella tierra enemiga, en la cual habia plantado su bandera manteniéndola y defendiéndola, y este militar á quien todos nombraban, era, como ya sabeis, Escipion el Africano.

Los gefes de los cuerpos se hallaban reunidos, y acababan de presentarse al príncipe todos los partes: este que sabia todo el efecto que produce sobre la moral de un ejército una recompensa dada á tiempo, iba á dar la cruz á Escipion en presencia de todos los oficiales superiores, cuando se oyó una voz que decia: deténgase V. A. Mon-Señor; no me quite V. A. mi última felicidad en este mundo. »

Era Guitarrilla á quien sostenian Juan Pitou y el cabo del centro, y que se habia hecho llevar hasta allí.

—Perdon, pero no desoiga V. A. la súplica de un sol-

dado anciano que muere por su país....

—Padre mio! ... exclamó Escipion dirigiéndose hacia él....

—Hijo, todo ha acabado para mí... he recibido mi pret, y ya está firmado mi pasaporte para ir á juntarme con tu madre... No llores, hijo mio, muero dichoso y contento, porque veo flotar la bandera que has puesto allá arriba, veo tu charretera, y que has merecido la cruz... Solo tengo que pedirte una gracia, y creo que no me será rehusada.

— Monseñor, dijo el viejo sargento con una voz que se debilitaba más y más, el emperador Napoleon me dió esta cruz... siempre la he llevado con honor... ruego á V. A. que la ponga en el pecho de Escipion... que yo la vea brillar allí un momento... la bala del enemigo la ha mutilado un poco, pero es igual, que la lleve por mí... este es mi último voto.

Todo el mundo lloraba, escepto el anciano soldado que se agarraba á la vida para ver á su hijo con su cruz; y cuando el príncipe se le presentó de este modo decorado, al parecer se reanimó un instante. « Escipion! exclamó con voz mas firme, he sido soldado durante cincuenta años, y nunca he tenido que echarme en cara cosa alguna... mi honor, he aquí todo lo que te dejo; pero está en buenas manos, ya lo sé... Mas feliz que yo, podrás ascender, adelantar... No por eso te envanezcás, hijo mio; y cada vez que obtengas un nuevo grado... consagra un recuerdo á tu padre que vá allá arriba á rogar por tí....

Apenas había pronunciado estas palabras, Escipion solo estrechaba en sus brazos un cadáver...

Terminaremos aquí esta larga historia, y no creerémos haber perdido el tiempo en contároslo, si ha podido hacer os comprender que con trabajo, celo, constancia y valor, no hay posicion humilde de que uno no pueda salir.

Escipion sigue en Argel la carrera que desde niño empezó, y quién sabe lo que le tiene destinado la suerte? Luis XVIII, monarca ilustrado que sucedió en el trono de Francia al inmortal Napoleon, decia que *el soldado*

lleva en su mochila la faja de general, y nosotros conocemos á mas de uno que gracias á su valor y su talento ocupa hoy los primeros puestos de la milicia, siendo así que no hace muchos años era un simple soldado.

HISTORIA SAGRADA.

REINO DE ISRAEL.

III.

JEROBOAM.—EL PROFETA JONAS.

Sucedióle su hijo Jeroboam, en el cual desgraciadamente influyó la impiedad de su padre. Así es que durante todo su reinado, que fué de cuarenta y dos años, nada hizo para que el pueblo derribase sus ídolos y adorára al verdadero Dios.

El Señor habia ofrecido á Joachas que daría á su pueblo un libertador, y Jeroboam fué el que escogió para que cumpliese su promesa.

El profeta Jonás le anunció los designios favorables que Dios tenia acerca de él, y las proezas que debia llevar á cabo.

Jeroboam empezó por reunir á su imperio las hermosas provincias que Jehu habia perdido, y llevando sus victoriosas armas al seno de las tierras enemigas, hizo tributarias de Israel á Damasco y Emath, ambas capitales de la Siria.

Pero mientras el Señor manifestaba tan ostensible-

mente el amor que tenia á Israel, ese pueblo se sumergia mas y mas en la impiedad y el vicio, de suerte que la ociosidad, esta pasion terrible que engendra todas las demás, produjo la avaricia, la corrupcion, el desórden, la violencia y la crueldad.

Entregado Israel á todos estos demonios del mal, despertó el odio del Señor, y se atrajo su cólera al ver que el pueblo á quien tanto habia amado, á quien su poderoso brazo tantas veces habia librado de una ruina segura, desconocia su voz, rechazaba sus avisos, y ultrajaba su culto.

Resolvió pues suscitar contra él un enemigo terrible; y como uno de sus profetas, Jonás, hijo de Amathia, hubiese, aunque inútilmente, procurado atraer á Israel á mejor camino, y no pudiendo lograr que le escuchasen, se hubiera retirado á su pais para adorar al Señor lejos dei bullicio de las impías funciones celebradas en honor de los ídolos, el Señor le llama y le dice:

—Profeta, marcha á la gran ciudad de Nínive; preséntate al pueblo, y anúnciale que sus crímenes han llegado hasta mí, y que mi venganza vá á estallar contra él.

Jonás temió perder la vida si ejecutaba las órdenes del Señor, y determinó huir buscando un albergue tan apartado que no llegase á sus oídos la voz del Señor.

Parte pues, y se traslada á Joppé, puerto de mar situado en la costa de los filisteos, y como hallase dispuesto un buque que debia hacerse á la vela para la ciudad de Tharsa en Cilicia, se embarcó en él. Apenas sale el buque del puerto, estalla una tempestad furiosa; tiran al agua las mercancías para aligerar el buque, el cual corre riesgo de hacerse mil pedazos, pero á cada instante crece el peligro.

El piloto despierta á Jonás, que dormia, y le dice:

—Levantaos con presteza, é invocad al Dios que adorais, pues en él tenemos toda nuestra esperanza.

Jonás se pone á orar, pero el Señor es inflexible.

Los pasajeros se reunen, y dicen:

—Es preciso que haya entre nosotros alguno cuyo

crímen atrae sobre nuestras cabezas la cólera del Señor. Echemos suertes, y sepamos cual es el culpable.

Jonás es designado por la suerte, y confiesa la culpa que ha cometido, desobedeciendo los mandatos del Señor.

—No tengais lástima de mí, dijo, arrojadme al mar, y os prometo que luego que el Señor haya sido vengado, mandará á la tempestad que cese.

Los pasajeros quisieron llevar á Jonás al puerto, mejor que cometer aquella accion; mas lucharon inútilmente contra las olas irritadas que se alzaban ante ellos, y la mar enfurecida se estrellaba contra el buque, cuyos costados crujian por todas partes.

Los pasajeros pidieron á Dios perdon de lo que iban á hacer, y cojiendo á Jonás, le precipitaron á las olas. Al punto calmó la tempestad.

Jonás creyó que iba á morir, y se sometió sin murmurar á la voluntad del Señor.

Pero Dios no le habia olvidado. Un pez de monstruoso tamaño se trágó á Jonás sin hacerle daño, y le tuvo en su vientre tres dias y tres noches.

El pez, conducido por la voluntad de Dios, abordó á la costa, y arrojó á Jonás sano y salvo.

—Parte para Nínive, le dijo el Señor, y ejecuta mis órdenes,

